

Luna macabra

Sacudí la medio vacía copa de whisky una vez más. Apenas había pegado unos pocos sorbos, pero su sabor ya me había aburrido. No sabía muy bien qué hacer con ella, así que me limité a observar el líquido ambarino con la esperanza de que se me ocurriese algo.

Desde la incomodidad de mi taburete, parecía haber todo un mundo dentro del vaso. Un espectáculo de luces y sombras se estaba desarrollando dentro de mi bebida, para el cual habían contratado bailarinas y genios de los hologramas, todos ellos tintados de un ligero color marrón por culpa del exceso de colorante E150d usado en la producción de este licor barato. Varias figuras oscuras se movían de lado a lado, algunas caminando, otras bailando, pero la más cercana y definida de todas, la de mi cabeza, estaba inmóvil. De vez en cuando, las notas más bajas de los *subwoofers* dibujaban ondas transversales en la pequeña ventana, que distorsionaban la imagen y transformaban los espejismos en grotescas formas, imposibles de identificar.

Después de un preámbulo interminable, el *DJ* por fin hizo el *bass drop*. Con los altavoces de bajos funcionando a todo máquina, el pequeño mar añejo se embraveció, y todas sus luminarias se esparcieron a lo largo de la mesa. Pero una de ellas decidió ir a otra parte, pues una caprichosa ola tenía la posición y el ángulo adecuados para reflejar uno de los láseres directamente a mi pupila. Absorta en mis pensamientos, casi había olvidado que todo esto estaba pasando detrás de mí, y que aún seguía esperando a Modou.

Miré mi reloj de muñeca. Eran las 00:32, bien pasadas las 00:15, la hora acordada. Miré al *barman*, con su camisa negra y su elegante chalequín blanco de raya diplomática, mezclando bebidas a destajo. Para él y para el resto de la gente, la noche acababa de empezar, pero para mí, ya había terminado. Estaba a punto de levantarme del taburete, cuando una gélida mano metálica se posó sobre mi hombro.

-Te veo bien, chiquilla -dijo una voz un tanto aguda, rebosante de entusiasmo-. Por fin te arreglas para *moi*.

-Yo siempre me arreglo, *schaz* -respondí, con un tono un tanto irónico, aunque en el fondo tenía razón. Era una de las pocas veces que salí de casa sin pelos de loca.

-¡Eh! Menos conmigo, niña, que soy yo el que te da el *SUGAR* de cada día -bromeó el chico.

Por fin decidí girar la cabeza para mirar al «impresentable» a los ojos. En efecto, esa persona era Modou, mi contacto. Un hombre senegalés de veintitantos, alto y delgado, de facciones marcadas y poco pelo en la cabeza, que siempre llevaba modelitos un tanto llamativos. Para esa ocasión, había decidido ponerse un traje brillante de color rosa -al cual le faltaba la manga derecha, recortada estratégicamente para enseñar su brazo biónico de color

plateado- con un chambergo a juego, así que deduce que, por algún motivo, quería ir más recatado que de costumbre.

-Llegas tarde -le hice saber, a pesar de que sabía que mis palabras caerían en saco roto-. ¿Cuál es ese trabajo tan importante que me dijiste?

-A ver... - dijo Modou mientras se sentaba en el taburete de al lado.

Podía ver cómo la sonrisa se le iba desdibujando lentamente, cosa que sólo pasaba cuando estaba a punto de comentarme temas muy serios. Resopló, probablemente aún intentando pensar en cómo iba a soltarme la bomba.

-Es mucho dinero, Spectra. Más de lo que has ganado nunca con cualquier otro trabajo.

-¿Cuánto?

-Suficiente como para tener dos años sabáticos a todo tren -murmuró el hombre. Como siempre, hablaba en el idioma de las fiestas, el único que conocía.

-Joder, ¿de qué se trata? ¿Fundir el núcleo de un reactor?

-No, nada de eso. Oye, ¿te lo vas a acabar? -dijo Modou, señalando al vaso de whisky.

Hice un gesto con la mano para indicarle que tenía vía libre. Siempre que me dejaba algo de alcohol en el vaso hacía lo mismo, y siempre dejaba las explicaciones a medio terminar, lo cual me irritaba bastante. Con un fluido movimiento, el chico cogió el vaso con su brazo cibernético cromado y se lo bebió de un trago. Al menos así no se tiraría por el desagüe.

-Uf, luego te invito a algo, nena -comentó, aún con esa voz ronca de haber pegado un buen trago de licor.

-No me dejes con la intriga, idiota.

-A ver, el trabajo... ¿Te acuerdas tu amigo ese pelirrojo, escuchimizado... que a veces venía por aquí? ¿Dextroy, se llamaba?

No me costó mucho recordarle. Éramos amigos desde hace de tiempo, y parte de los secretos de la red que sé se los debía a él. Era un *netmage* como ningún otro, de gran renombre, e infinitamente respetado por el resto del colectivo. Su nombre oficial era d3x-tr0y, contaba él que acuñado durante su edad del pavo, por lo cual prefería que le llamasen Dex. Por desgracia, hacía unos cuantos meses que no contactaba con él.

-Oh, claro... ¿Qué ha sido de él? Hace tiempo que no se le ve el pelo.

Tardé un poco en reaccionar. Casi subconscientemente, me tapé la boca con los dedos. Encajar las piezas no era difícil, pero hablando de Dex, esa idea era difícil de concebir.

-No me digas que...

Modou me interrumpió.

-No, Spectra, no te preocupes. Sin embargo, dudo que después de este trabajo podáis seguir teniendo buena relación.

Me quedé en silencio mientras Modou hurgaba en el bolsillo interior de su medio chaleco y sacaba unos papeles. Me estaba costando entender la situación, y aún más el comprender el marrón en el que me iba a meter. El chico del traje hortera desplegó los documentos, carraspeó y comenzó a leer.

–«Recibido el 22 de septiembre del 2078 a las 3:28 minutos, enviado por...» – Modou paró de leer en seco– No, eso es privado. A ver, al grano: «Necesitamos alguien de tu zona que conozca a un tal d3x-tr0y. Este *netmage* tiene en su posesión unos archivos muy valiosos que nos gustaría recuperar. Es de vital importancia que estos archivos sean extraídos antes del 26 de este mismo mes, y entregados antes del 27. Transferencia directa de 30.000 BCNC antes de la finalización del mes. Se adjuntan...».

–¿¡30.000 BC!?

–Bueno, recuerda que yo siempre me llevo una pequeña comisión, pero aún así, te llevas 20.000 a casa seguro.

–¿Seguro que no es una trampa? –balbuceé, aún sin poder encontrarle un sentido a tan absurda situación.

–*Nips*. Es uno de mis *Johnsons* más confiables, y sé que siempre verifica los trabajos que me manda. Es un tío legal, Spectra.

Pero después del subidón de adrenalina, toca el bajón y su consecuente vuelta a la realidad. Era Dex de quien estábamos hablando, y no había manera de que pudiese salir con vida de una intrusión en su sistema. Era una buena *netwitch*, pero no tanto, y mucho menos que él, quien era bien conocido por explicar uno de sus secretos y guardarse otros mil.

–Sé que el protocolo dice que no debería comentarte esto... –susurró Modou– pero sé que eres colega. ¿Sabes qué creo que es lo que ha pasado aquí?

–No, la verdad. No sé si estoy como para pensar ahora mismo.

–Ese chaval probablemente haya robado datos muy importantes de alguna empresa aún más importante. Inteligencia de una EPSD o algo así, a lo mejor un prototipo de IA fuerte funcional, o fotos del presidente de Gsearch follándose a un cerdo, yo qué se. El caso es que a él le han pagado una millonada, pero por cualquier razón, el ataque se ha filtrado, y una tercera persona, con menos fondos, ha decidido contratar a alguien más barato, para robar al ladrón, que seguramente tenga un sistema menos seguro que una *red enterprise*.

–¿A quién estás llamando barata?

–Con perdón, princesa, pero sabes que es así –replicó el hombre.

La verdad es que tenía toda la razón, pues *netmages* como Dex había tan sólo un puñado en el mundo. ¿Pero como yo? Había cientos, tal vez miles.

–¿Entonces qué? ¿Aceptas el trabajo?

No las tenía todas conmigo. Por una parte es mucho dinero, mucho más del que me había imaginado, pero por otra parte, era una misión suicida. Pero sabía dónde vivía Dex, y eso era una enorme ventaja a mi favor. Poco a poco, analizando todas las variables de la ecuación, me di cuenta de que, en realidad, el poder conseguir esos archivos no tenía por que ser una posibilidad tan remota. Las piezas empezaban a encajar.

–Para el 25 tendrás esos archivos –afirmé, luciendo una marcada sonrisa con aires de suficiencia.

–¡Esa es mi niña! –exclamó Modou, mientras me pasaba el brazo alrededor del cuello–. Ven, te invito a una copa.

Tres horas de fiesta más tarde, decidí volver a casa para poder preparar mi gran golpe. Me despedí fugazmente de Modou, y de unos chicos que se habían pasado la noche mirando lo que se veía de mi bikini verde a través de mi camiseta de rejilla, y me dirigí a la barra para pagar mi cuenta. Un whiskey y dos mojitos, 0,84 BC. Saqué mi *SPT*, tecleé mi *PIN* y lo coloqué cerca de la caja. Un sonoro *ching* indicó el correcto engrosamiento de los bolsillos del dueño del bar, y acto seguido, procedí a abandonar el ruidoso local.

Fuera, con el ICEcream Breaker aún a mis espaldas, me esperaba la aún más ruidosa Plaça d'Eivissa, reinaugurada oficialmente hacía menos de diez años. Recordaba haber visto este mismo lugar en ruinas cuando apenas era una cría, devastado por la guerra y olvidado por todo el mundo debido a su peligrosa cercanía con el barrio del Turó de la Peira, pero el dinero y las espumas inteligentes de construcción rápida obraban milagros. Hoy en día, es uno de los mejores lugares para pasar un buen rato, ligar, pillar una cogorza o contratar servicios de dudosa legalidad de toda Barcelona. En cierto modo, podía decirse que Horta-Guinardó era como una pequeña ciudad dentro de Barcelona, que a su vez, contenía un pequeño corazón del vicio en forma de ciudad, a la cual llamábamos cariñosamente *Nocturne City*, con un gobierno en la sombra y leyes propias.

Aunque según comentan los más viejos del lugar, esta plaza fue tiempo ha una acogedora zona de bares, pequeños comercios y entretenimiento familiar, ni muy grande ni muy atractiva, pero eso fue antes de que todo aquello se convirtiese en ruinas. Pero en el fondo, a nadie le importa cuál sea tu interpretación personal de lo que solía haber encima de unos escombros, siempre y cuando pagues tú las reparaciones. Así, poco quedaba de aquel relajado rincón en medio de la gran ciudad, más que el hecho de que había bares, que ahora bordeaban el perímetro entero de aquella plaza de 130 metros de diámetro.

Mirases a donde mirases, sólo podía ver luz y color. Los hologramas publicitarios de los distintos locales de la zona proyectados sobre las cabezas de los viandantes hacían de Plaça d'Eivissa una atracción turística digna de visitar, pero en el fondo, todo el mundo sabía que ver era sólo la mitad de la diversión. Experimentar *Nocturne City* era a lo que solía venir todo el mundo, y no puedo culparles: siete bares, cuatro discotecas, dos clubs de alterne, cinco hoteles -dos de ellos para parejas-, un centro comercial cercano abierto gran parte de la noche, frecuentes espectáculos y conciertos pagados entre los negocios de la zona en el centro de la plaza y, por supuesto, todos aquellos servicios clandestinos, que son difíciles de cuantificar.

Esa noche pinchaba discos en el medio de la plaza DJ Blackbox, quien era relativamente conocido en el mundo *underground*, por lo que la plaza estaba aún más abarrotada que de costumbre. Intenté abrirme paso entre la muchedumbre, ya llena de borrachos al borde del coma etílico y gente que se le había ido un poco la mano con las drogas. Me topé con un conocido, que

intentó saludarme, pero le dije que tenía prisa. Me asaltaron dos mujeres en *topless* imposiblemente bellas, operadas hasta las cejas, con panfletos para el club que trabajaban. Un líquido, quería pensar que era cubata, se derramó sobre mis pies mientras pasaba detrás de un grupo de amigos saltando al ritmo de la música. Me empujó alguien, me gritaron, salí corriendo. Podría molestarme, pero así era el día a día en *Nocturne City*, y ya estaba acostumbrada.

Finalmente, conseguí escapar de aquel alboroto a través de uno de los callejones que se abrían paso entre dos bares, y me puse a caminar en dirección a mi casa. Activé el módulo reproductor de mis implantes auditivos, cargué una lista de reproducción acorde al cálido ambiente de una noche solitaria, y dejé llevarme por la relajada melodía. Por suerte, vivía relativamente cerca.

Passeig de la Vall d'Hebron, número 200. Un imponente rascacielos de 35 pisos de altura se alzaba ante mí, rodeado de otros tantos edificios de similar construcción, cada uno más alto e intimidante que el anterior. El característico gris oscuro y liso de sus fachadas indicaba que habían sido contruidos con materiales inteligentes de primera generación, lo cual, según los precedentes de aquellos países que adoptaron las técnicas de construcción de la nueva era mucho antes que Cataluña, no les daba muy buenas perspectivas de futuro. Pero eran rápidos de construir, fáciles de vender y relativamente baratos para el comprador –si es que era el tipo de persona que podía permitirse una hipoteca–, así que al final, todo el mundo intentaba hacer la vista gorda al hecho de que cualquier día se les pudiese caer el techo en la cabeza.

En realidad, tenía suerte de tener una casa para mí sola, por pequeña o más del banco que mía fuese. La mayoría de gente que conocía vivían en una única habitación, a veces compartida, pero otros ni eso. Mis amigos me llamaban «burguesita» a menudo para meterse conmigo, aunque sospecho que algunos de ellos realmente creían que era de clase alta. ¡Si ellos supiesen cómo de destrozada estaba...!

Nada más pasar el umbral de la puerta, me quité la chaqueta rosa brillante –meramente decorativa, pues no abrigaba en absoluto– y la dejé encima de una silla, junto a la camiseta blanca de rejilla. Me quité las sandalias, y pude comprobar que no era cubata. Inmediatamente, las tiré cerca del cubo de la ropa sucia, junto a la falda negra de elastano y el bikini verde fosforescente, y me di una larga ducha en la que intenté pensar más en qué hacer mañana y menos en fuere lo que fuere aquello.

Sabía que atacar los sistemas de Dex frontalmente era un suicidio. Una vez me comentó un poco por encima cómo tenía su red local montada, y creo que en mis doce años de experiencia, nunca había visto nada que se le pareciese. En concreto, una de las partes que más me preocupaba era el hecho de que tenía ocho máquinas –probablemente más, ya que iba

ampliando su colección con regularidad- en línea funcionando de *netfilters* y *firewalls*, cada una cargada con una superlativa colección de *ICE*, *APSP*, *SSRA* y otros programas de seguridad que me freirían el cerebro sólo con mirarlos mal. Tal vez fuese capaz de saltarme los sistemas de seguridad de una, tal vez dos máquinas con suerte, pero ni de lejos lograría completar el circuito. Y, por si fuera poco, además de todas estas medidas de seguridad activas, también tiene otras tantas pasivas, y de esas me comentó mucho menos.

Pero, para su desgracia, su piso sólo tenía una cerradura electrónica de baja calidad, las cuales pueden romperse aún sin ser un experto en la materia. Cinco minutos con mi *HackBoy* deberían ser suficientes para abrir la puerta sin hacer ningún ruido, y entonces su *mainframe* estaría completamente expuesto y vulnerable a ataques locales. Sólo era cuestión de utilizar unos pocos *exploits* para ganar el control de su máquina, grabar los archivos a un dispositivo de almacenamiento masivo y huir sin dejar rastro. Dex no tendría por qué saberlo, así que Modou sin duda se precipitó al decir que este trabajo supondría un duro golpe a nuestra amistad.

Salí de la ducha, y el reloj marcaba las 5:19. Era tarde, pero no tenía sueño, y tenía que garantizar que mañana por la noche -ya que Dex era uno de los pocos *netmages* con un ciclo del sueño relativamente normal- estuviese lo suficientemente fresca como para no fastidiarlo todo. Deslizé mis dedos por debajo de la nuca, hasta palpar el extremo metálico de una pequeña coleta de nailon, silicona y grafano, y estiré de ella hasta que el cable estuvo a una longitud cómoda de utilizar. Conecté mi puerto *NDTP* al de mi máquina, y navegué por la red durante un par de horas, hasta que me cansé. Desconecté y me tumbé en la cama, donde mezclé cuatro mililitros de agua con uno de *SUGAR* -aunque normalmente se recomienda calcular una dosis menor por seguridad-, y los introduje en mi *vaper*. Creo que acabé durmiéndome sobre las 7:40 o así, aún con el *vaper* en entre los dedos y con el alba centelleando sobre mis inertes ojos de muñequita de porcelana, ya deshabilitados desde hacía media hora.

Me desperté algo mareada. Había dormido mucho, aún con la alarma el reloj despertador pitando desde hacía a saber cuánto. Encendí mis ojos de nuevo, y un pequeño *LCD* me dio la bienvenida al mundo real. Ya eran las 18:23, pero aún así, hubiese seguido durmiendo.

Me incorporé de inmediato. Había cosas que hacer, y aún me quedaba toda la noche por delante. Rebusqué entre las sábanas una bata azul de seda sintética que solía llevar para dormir, y me la puse por encima. Acto seguido, me dirigí a la cocina, abrí la alacena y me llevé a la boca lo primero que pillé. Con la astenia del ayuno ya solucionada, comencé a preparar mi equipación para la noche. Aunque no hiciese falta para este tipo de trabajo, pues iba a por mis cien años de perdón y no contra una entidad que pudiese llorarle a la policía científica sin que les saliese el tiro por la culata, solía seguir mis propias normas a rajatabla. Mi protocolo de trabajo de campo dictaba el uso obligatorio de guantes de piel, gorro de lana u otra prenda similar que

podiese proteger o cubrir bien el pelo, lentes analógicas de ofuscación (también conocidas como «gafas de sol»), y una trenza, o coletas dobles, si ese día me sentía particularmente coqueta. Era de extrema importancia escoger un atuendo poco llamativo, pero no demasiado para evitar el efecto contrario, pues no quería que nadie me recordase, ni por demasiado vistosa, ni por demasiado aburrida.

Al final, opté por un pantalón de chándal gris oscuro que me iba un poco ancho, un *crop top* blanco –sin escote, para cubrir mi tatuaje luminoso–, una gorra de béisbol en azul celeste y blanco en cuya frente yacía un motivo que leía *Miami Disco* en grandes letras púrpura neón, una bolsa de deporte azul celeste para poder llevar toda mi electrónica, y unas deportivas (cuyo nombre en inglés, «sneakers», ya indicaba su idoneidad para este tipo de trabajo) blancas con detalles verdes. Si me hubiese mirado al espejo, hubiese visto a una típica niña adolescente, pero, para la suerte de mi dignidad, no lo hice.

Cargué unos cuantos programas e *icebreakers* que pensé que podía necesitar en la memoria de mi *deck* portátil, y lo metí a la bolsa tan pronto como terminé, junto a la *HackBoy*, el inhibidor de alarmas, la memoria *flash* y una pequeña caja de herramientas. Para lo poco que llevaba, aquello pesaba como un muerto.

Salí de casa un poco después de medianoche, y me puse rumbo a la parada de metro de Vall d'Hebron. Por las horas a las que se solía conectar y desconectar antes de que desapareciese de la red sin dejar rastro, calculé que ya debía llevar una media hora dormido. Eso me daba un poco de margen para llegar a su casa justo para cuando estuviese en fase de sueño delta, cuando ni un bombardeo atómico fuese capaz de despertarle.

El tren se paró justo en frente de las puertas de andén, matemáticamente alineado con ellas. Acompañadas del sonido de servos desengrasados, ambos conjuntos de puertas se abrieron al unísono, abriendo paso a un pequeño tropel de muchachos un tanto ebrios, que probablemente buscaban un trasbordo que les pusiese rumbo a la meca de la fiesta. Uno de ellos me silbó al cruzarnos en la entrada del aparato, supongo que porque me creía de su edad, a pesar de que le debía sacar unos dos lustros. Por una parte, el disfraz me hacía parecer una persona diferente, pero por la otra, tal vez terminó siendo *demasiado* llamativo.

El viaje por la línea 17 hasta Sant Pau transcurrió sin ningún incidente remarcable. Fue un alivio, pues, a pesar de haber estado meditando durante las horas previas, aún no había logrado calmar del todo mis nervios. Siempre me pasaba antes de un trabajo importante, pero esta vez era mucho más que una simple inquietud.

El camino hacia el portal de su edificio se me hizo interminable. Había poca gente por la calle a esas horas, pues no era una zona que se prestase mucho

a fiestas y, en general, habitada por viejos a los que esa fugaz época de locura juvenil ya lejos les había quedado. Aquellas calles eran tumbas de hormigón, cuyo silencio sólo se veía interrumpido por el ocasional repiqueteo de una motocicleta pasajera o el sonido del televisor de algún insomne.

Piqué al telefonillo. Dex siempre hablaba sobre los «personaje» del octavo segunda que pedía pizza para cenar a las tantas de la noche. Según él, siempre iban hasta las cejas de opiáceos, lo cual explicaría el hecho de que les entrase hambre a horas exóticas. Esperé un rato a que alguien llegase al telefonillo, árdua tarea cuando estás a unos gramos de la sobredosis, pero por fin sonó una cacofonía por el altavoz. Su pizza, señor. Ya me había *olvidao*, respondió, arrastrando todas y cada una de las sílabas. Bingo.

Me acerqué a la puerta del ascensor. «Fora de servei», rezaba el cartel. «Suerte que Dex “sólo” vivía en el séptimo», pensé.

El lado positivo de haberme visto obligada a usar las escaleras fue que tuve la oportunidad de descargar un poco de adrenalina antes de entrar en acción. También descubrí que tal vez no estaba en tan buena forma como creía, pero eso no me preocupaba en ese instante. Recordé que la puerta de Dex era la de al fondo a la derecha, y tan pronto como llegué a ella, dejé caer la bolsa al suelo para poder acceder a ella con más facilidad.

Tenía ante mí un panel de seguridad TT-438a de marca Misco. Era la primera vez que me enfrentaba a uno de éstos, pero no importaba. La mayoría de paneles antiguos de gama baja funcionaban de forma parecida, así que deducir la manera de *crackear* éste no iba a ser excesivamente difícil, aún sabiendo más bien poco de seguridad electrónica, como era mi caso. La mayoría de ellos tenían reducidas medidas de seguridad, más allá de pitar como locos si introduce el *PIN* equivocado unas cuantas veces, así que ir probando a estimular puertos era una de las mejores maneras de descubrir cómo entrar en modo *debug* o causar un cortocircuito, fuese lo que fuese lo primero que ocurriese. Por suerte, tenía un programa en mi *HackBoy* capaz de automatizar este proceso, con lo que se reduciría bastante el tiempo de espera.

Utilicé uno de los destornilladores de mi caja de herramientas para hacer palanca contra el embellecedor del panel. Se soltó sin oponer mucha resistencia para abrir paso a la caja de mandos, donde residía el circuito impreso que lo controlaba todo. Abrí la tapa trasera de mi *HackBoy* y saqué unos cuantos cables finos de distintos colores, cuyas terminaciones procedí a colocar en una serie de puntos estratégicos de la placa. Inicié el terminal y seleccioné *lockforensics.sh* de la lista de ejecutables. Siete minutos de tocar botones y cambiar cables de posición al ritmo de preguntas en la lejanía sobre pizzas, y la caja me chivó el pequeño secreto que Dex le confió.

Cinco, tres, cero, dos, dos, siete. La cerradura indicó su disposición a dejarme pasar con un pequeño zumbido. Activé el inhibidor de alarmas y entré la vivienda, intentando hacer el mínimo ruido posible.

Lo primero que me llamó la atención fue el ver varias cajas de cartón apiladas cerca del recibidor. Juraría haber visto algo inscrito en rotulador permanente en uno de sus lados antes de matar el último haz de luz que se infiltraba por la puerta entrecerrada, pero ahora estaba demasiado oscuro para poder leerlo. Activé el módulo de visión nocturna de mis prótesis oculares, y me quité las gafas de sol para evitar forzar demasiado el *nightshot*. Consideré activar el módulo *infraflashbang* por si tenía cámaras en casa, pero entonces recordé que Dex odiaba a muerte cualquier aparato de vigilancia. Todo mi campo de visión se iluminó -y cobró un tono más azulado- de repente, y fui capaz de leer las runas coreo-mesopotámicas que había escrito Dex encima de los paquetes. Creo que pude leer «discos» en una de ellas, y juraría que en otra ponía «libros y cómics». Parecía que tenía todo preparado para mudarse de un momento a otro.

Me quité las deportivas para hacer menos ruido. Sorteé los trastos y otros escombros hasta llegar a una puerta a mano izquierda, que si mal no recuerdo, era la única habitación que estuvo cerrada con llave aquella vez que Dex nos invitó a su casa. Esta vez no esperaba visita, así que la puerta estaba abierta de par en par. Me colé en la sala, y cerré la puerta con cuidado.

Casi pegué un grito ahogado al ver lo que se encontraba allí. Cajoneras de servidores *blade* rodeaban cada una de las paredes de la sala, todos ellos funcionando a máxima potencia, a juzgar por el parpadeo frenético las luces de actividad del disco. Había cables por todas partes, algunos por el suelo, otros colgados del techo, todos ellos conectados al *switch* más grande que había visto en mi vida. Parecía que en medio de la sala, junto a una butaca ergonómica con pinta de costar un pastizal, un escritorio gris subalpino que daba soporte a tres pantallas -de las caras- y lo que parecía el *deck* que usaba Dex como *gateway* a su monstruosa red, había un proyector holográfico en tres dimensiones de tipo planetario, que son prohibitivamente caros. Sólo en electrónica, en esta sala había mucho más dinero del que había ganado en toda mi carrera.

Me senté en la butaca. Era muy confortable, pero en mi vida me había sentido tan incómoda. Recogida en la silla, tenía una perspectiva de la sala mucho más amplia. Nunca me había sentido tan pequeña. Tenía mis dudas sobre lo que iba a hacer a continuación, pero ya no había forma de tirarse atrás. Saqué mi *deck* de la mochila, y lo conecté al de Dex. Saqué el cable *NDTP* del interior de mi cuello y lo conecté a mi máquina. Escogí el modo asíncrono con proyección en dispositivo de realidad aumentada por si alguien aparecía en cualquier momento por la puerta, y arranqué el sistema operativo.

Una pantalla virtual sin marco se proyectó en mis retinas sintéticas. Algunos mensajes de información poco significativos se imprimieron sobre un fondo negro para desaparecer unos segundos después. El color de fondo la pantalla cambió a un gris más claro, y en el centro apareció un muñequito de una brujita cabezona, de flequillo demasiado largo y con un sombrero demasiado grande para ella, saludándome con una sonrisa de oreja a oreja. Al cabo de unos segundos, abrió un agujero detrás de ella, por el cual saltó y desapareció por completo de la imagen. Vuelta a la pantalla negra de antes, esta vez con muchos más mensajes impresos y una barra de progreso en la parte inferior de la pantalla que indicaba un 23%.

Aproveché los tiempos de carga para curiosear lo que había por el escritorio. Además de las pantallas, lo que más saltaba a la vista era una pequeña figurilla de un mago, ataviado con una blanca túnica que le llegaba hasta los pies, barba de cientos de años y un báculo de madera con una pequeña joya en la punta. El pobre brujo parecía estar utilizando sus arcanos hechizos para hacer de pisapapeles para unos documentos técnicos muy densos sobre una posible vulnerabilidad en algunos procesadores ópticos. Repartidos por la mesa, había algunas herramientas de oficina, como una grapadora u otra cosa con forma de botón, que no sabía ni para qué servía. Había algunos otros papeles desperdigados, llenos garabatos u otras notas breves que, sacadas fuera de contexto, no significaban nada. El cajón de más a la izquierda parecía estar lleno de dispositivos de almacenamiento de todos los tamaños y colores, cada uno con una etiqueta que parecía indicar su contenido. Lo que más me llamó la atención es que había un puñado de ellas que estaban escritas en una letra mucho más legible que la de las cajas de la entrada, lo cual me permitió entender su significado. Algunos de ellos estaban marcados por etiquetas que rezaban «backups», «imágenes» o «vacaciones», seguidas de un código numérico que parecían describir año y mes de su grabación. Abrí el cajón de en medio. Más papeles como los de la mesa, para los cuales era incapaz de mostrar ningún. Cerré el cajón de en medio. Miré a la pantalla, donde la barra había avanzado hasta el 83%. Abrí el cajón de la derecha.

Me hundí un poco en la silla. Había una pistola y algunas cajas de munición. Me quedé mirándola un buen rato, aún después de que la barra de carga hubiese llegado al 100%, fascinada y horrorizada a la vez. Si hubiese entrado en la sala con Dex aún en ella, una de esas balas podría haber entrado en mi cabeza.

Joder.

Cerré el cajón, e intenté olvidarme del arma de fuego. Al fin y al cabo, no había venido aquí a cotillear, y esos archivos no iban a robarse solos.

Con el *deck* ya operativo, me dispuse a entrar en el sistema de Dex. Seleccioné el modo *NDTP* abstracto, y abrí el puerto número uno. Empecé a

notar el cosquilleo de las nanomáquinas estimulando mi sistema nervioso central, y al cabo de unos segundos, ya estaba dentro.

El surrealista mundo del *deck* de Dex era digno de ver. En mi pantalla se proyectaba un abstracto cielo nocturno, donde las estrellas eran rascacielos y la Luna había sido reemplazada por una monstruosa cabeza gigante que parecía sacada de una ilustración de H. R. Giger. Instintivamente, deduje que los rascacielos representaban cada uno de los servidores y sus máquinas virtuales que había en la habitación, pero fui incapaz de mantener la mirada a ese terrorífico astro suficiente tiempo como para lograr entender qué trataba de simbolizar. Bajo mis pies, en medio del azul infinito, se asentaba un pequeño planeta, que parecía estar poblado por fábricas abandonadas. Supuse que esta esfera era el icono del propio *deck*, así que descendí para echarle un vistazo. Al fin y al cabo, por muy prodigioso que fuese Dex, no creo que quisiese arriesgarse a olvidar en cuál de los cientos de rascacielos había dejado esos datos tan valiosos.

Nada más aterrizar, noté una cálida sensación en mi piel, como si de una brisa africana con ganas de jugar conmigo se tratase. La abrasadora gravilla del suelo se clavaba dolorosamente en las plantas de mis pies, igual que si realmente estuviese allí. De alguna manera, Dex había logrado explotar la configuración sensorial experimental del *NDTP*, y recrear un universo entero con todo lujo de detalles dentro de su máquina. Por así decirlo, y a pesar de estar viendo esta realidad a través de una pantalla, me había inmerso tanto en ese mundo, que empezaba a olvidar mi cuerpo de verdad.

Pensaba en los movimientos que quería hacer, y mi avatar los interpretaba dentro del mundo digital. Pensé en coger una piedrecita del suelo, y mi avatar cogió una piedrecita del suelo. Pensé en acercármela a los ojos para examinarla más de cerca, y mi avatar lo hizo, pero en cuanto estuvo a un palmo de mi rostro, explotó en mil pedazos, dejando en su lugar una nube de humo que parecía dibujar una hoja de papel con cadenas de texto sin ningún sentido. Palidecí. Era un archivo, igual que el resto de guijarros esparcidos por el suelo. Iba a ser una noche muy larga.

Paseé por el desierto durante horas, y visité incontables ruinas en busca del guijarro. Por primera vez en mi vida, lamenté haberle dado esta indumentaria a mi avatar, aunque tampoco tenía manera de saber que una cosa así iba a pasar. El calor poco a poco se iba haciendo más sofocante, acumulándose entre las varias capas de tela que formaban mis mantones virtuales, hasta el punto de que había empezado a sudar en la vida real. Cada archivo que pisaba me torturaba, como si perforase mi carne ya mutilada por la larga caminata sobre clavos. La función de gravedad desactivaba el uso de levitación de mi escoba voladora, por lo que escapar era imposible.

Sabía con certeza que las propiedades físicas de las piedras representaban diferentes aspectos de los metadatos del archivo. Por ejemplo, el peso del archivo se reflejaba como definición de la textura -visual y táctil- del mineral,

y la última fecha de acceso al archivo era representada por el grado de erosión de la roca. Cuanto más grande, más definida estaba, y cuanto más reciente era el acceso, más redondeada era. El polvo adherido a la roca y su temperatura también parecían indicar la fecha de creación del objeto, al igual que el color estaba relacionado con el tipo de archivo que era. Repartidos por el suelo, también había unos cristales pulidos, un poco menos comunes, que desaparecían sin dejar rastro una vez los levantaba por encima de la altura de las rodillas. No sabía para qué servían, ni que intentaban representar.

Teniendo en cuenta lo anterior, y con la poca información que me dio el *Johnson* de Modou, deduje que estaba buscando una piedra altamente definida, casi esférica y muy fría al tacto, cerca de algún lugar llamativo para poder ser buscada fácilmente, pero no había manera. Había millones, tal vez millardos de piedras así, y buscando a mano no iba a llegar a ninguna parte.

Caí rendida al suelo. Los pequeños punzones se clavaron por todo mi cuerpo, pero era mejor que caminar. Era imposible. El peculiar sistema de encriptación de Dex había agotado lo mejor de mí. Se me agotaba el tiempo, se me agotaban las ideas, y la horripilante y pálida tez en el cielo no dejaba de observarme con una sonrisita malévola, como si estuviese orgullosa de ver la desesperación que me causaba este excéntrico rompecabezas.

Empecé a jugar con las chinas con mis dedos. Ya podía identificar el tipo de archivo que había cogido aún sin mirarlo, sólo por el propio tacto del pedrusco. Ésta era una fotografía sacada por una cámara de alta gama, esa era un fragmento de una base de datos, aquella era uno de esos enigmáticos trozos de cristal... agarré el vidrio, suave al tacto, y aproveché para examinarlo más de cerca, ahora que estaba recostada.

Pude ver un ojo reflejado en él, pero no era el mío. Me estaba mirando directamente, a través de la pantalla, cuando de repente, me dio un vuelco el corazón. Podía notar algo nuevo, como un sexto sentido, que me informaba de dónde estaban los datos que estaba buscando.

Los vidrios eran algoritmos de búsqueda.

Me levanté del suelo tan rápido como pude, y corrí en dirección a la nada en busca del epicentro de esa extraña sensación. El dolor ya no me importaba. Sólo quería tener ese archivo entre mis manos, y ya estaba cerca de conseguirlo.

Estaba en el medio de ese campo de fuerza. Podía sentirlo. Podía sentir el archivo latiendo bajo mis pies. Escarbé entre los escombros con furia, dañando mis nudillos, pero por fin, lo había conseguido. La piedra palpitaba en mi mano, lista para ser transferida.

Rápidamente, metí el objeto en uno de los bolsillos de mi túnica, y observé con satisfacción cómo aparecía una barra de carga en la esquina inferior

derecha de la pantalla. Ya había terminado todo, y sólo quedaba esperar a que se completase la descarga.

Pero algo fue mal. No fueron los *ICE*, no fueron los *firewalls*. Dex se dio cuenta de que había alguien en su oficina, y no le gustó nada. Pude escuchar sus pasos abalanzados recorrer apresuradamente el pasillo en busca de mí. Lo primero que se me pasó por la cabeza era que ya estaba muerta, pero después tuve una idea. Una idea horrible. Nunca había tenido una entre mis manos, pero había visto suficiente sobre ellas para saber cómo usarla. Abrí el cajón de la derecha, y con las manos temblorosas, cogí el arma como pude.

Comprobé el seguro, y ya estaba quitado. Amartillé la pistola, sacando toda la fuerza que no tenía, y saltó una bala de la recámara, pues ya estaba cargada. Dex ya la había dejado ahí lista para disparar. No se iba a andar con chiquitas. Me levanté de la silla, y apunté en dirección a la puerta. Aún usando las dos manos, la pistola bailaba en el sitio. El pulso me temblaba demasiado, y estaba segura de que iba a fallar.

La puerta se abrió de golpe. Dex irrumpió en la sala con tanta violencia que tuvo que agarrarse del pomo para evitar que la inercia se lo llevase por delante. Tenía una llave inglesa en la mano, lista para ser usada como arma, pero sólo se quedó inmóvil. Sus ojos se posaron en la pistola, y luego en mí. Sólo en mí. No podía creérselo.

No mediamos palabra. Nuestras miradas ya decían más que cualquier palabra. Yo estaba asustada. Confusa. No me creía lo que estaba a punto de hacer, y Dex tampoco. Él estaba dolorido. Se sentía traicionado. Estaba frustrado, decepcionado, pero no furioso, no; él estaba triste.

Aún estaba conectada al *deck*. Con el movimiento, mi avatar se había quedado mirando a la luna macabra, extendiendo los brazos hacia ella como si intentase tocarla. Ella se limitaba a sonreír. Sabía que ésto iba a pasar, y se recochineaba pensando en ello. Miré de vuelta a Dex, que parecía negar con la cabeza en busca de clemencia. Cerré los ojos.

Dex cayó al suelo.

Se me resbaló la pistola de las manos. Cayó sobre el escritorio, causando un tremendo estrépito, pero yo no lo escuché. No me había dado cuenta hasta ese momento, pero estaba hiperventilando. La cabeza me daba vueltas, y no sabía a dónde agarrarme.

Me arrodillé en frente del chico. El cable que me conectaba al *deck* se soltó, pero no me importaba. Tenía sus ojos vidriosos posados en los míos. La bala le había alcanzado el pecho, peligrosamente cerca del corazón. Sangraba mucho. Le costaba moverse, pero aún tenía algo de independencia. Me estaba dando toques con los dedos en el dorso de la mano, como si quisiese decirme algo, pero retiré la mano, asustada.

No era la primera vez que mataba a alguien, pero sí que era la primera vez que veía a alguien morir. Normalmente, en el ciberespacio, no piensas de los otros *netmages* como personas, sino como personajes de un videojuego. Sacarlos de la partida para siempre era fácil, pero ésto no era la red. Ésto era real. Era un amigo muriendo en mis brazos. Me di cuenta de que vendí a un amigo de verdad por un puñado de BC, y me di asco.

Dex ya se había ido, pero yo seguí velándole hasta el amanecer.

No supe muy bien cómo, pero logré llegar a casa. Para cuando quise darme cuenta, ya estaba tumbada en mi cama, con el *pen drive* en la mano. Me pasé la mano por el pelo, y noté que ya me había quitado las coletas. No estaba muy segura de qué era real y qué no, pero un mensaje entrante en el móvil me hizo volver. «A las 00:30 en el bar». Era Modou. No sabía si ir. Sólo quería dormir, pero no podía.

Llegué al ICEcream Breaker un poco más tarde de lo acordado. Al final había logrado dormir algo, pero no mucho. Sabía que Modou me estaba esperando, pero me daba miedo entrar.

El cartel roñoso y medio roto del local guardaba la entrada al recinto. Era un cono de helado de tres bolas que logró ser recuperado de los escombros antes de la construcción del edificio, probablemente de algún antiguo negocio destruido durante la guerra. Había sido modificado para que cada bola de helado tuviese dibujado un *smiley* diferente. Desde lo alto del arco metálico me miraba, juzgamental, como si supiese lo que había hecho.

-¡Eh, mi nena! -dijo Modou, alzando los brazos hacia los lados-. ¿Todo bien, *baby*? Has llegado más tarde que yo, y eso no es normal.

El ambiente en el local era tenso. La música sonaba igual de alta que siempre, pero la gente ya no bailaba, ya no gritaba. Las malas nuevas se habían extendido rápido, y no habían dejado a nadie indiferente.

-Oye. Dime, ¿tienes los datos? -susurró Modou, aparentemente ajeno a todo ésto.

Rebusqué en mi bolsillo, y extendí mi mano para entregarle el dispositivo, sin establecer contacto visual en ningún momento. Me cogió por la nuca y me dio palmaditas en la mejilla izquierda.

-¡Uououo, nena! -exclamó, rebotante de entusiasmo-. ¡Somos ricos, colega! ¡Ricos!

Pero hasta Modou podía oler que algo iba mal. Con cada palmada, cerraba los ojos, como si tuviese miedo de que el siguiente golpe fuese a doler de verdad. No era normal, y Modou lo supo de inmediato. Sus ojos dejaron de hacer chiribitas, y su sonrisa dejó paso a un semblante mucho más severo.

-¿Qué ocurre, hija? ¿Ha ido todo bien?

Al parecer, Modou aún no se había enterado, y a mí me tocaba contárselo.

-Salió mal.

No me hizo falta decirle nada más. Él ya lo había entendido.

-Oh, cielo... -murmuró el hombre senegalés, mientras me limpiaba con el dedo pulgar las lágrimas que habían empezado a recorrer mis mejillas-. No, cielo, no podías haber hecho otra cosa. Fue por tu defensa personal.

-No, Modou. Él... me quedé con él mientras se desangraba. Intentó cogerme de la mano, pero no le dejé.

El hombre se quedó en silencio. No sabía qué decir. No había nada que decir. Se giró, cogió una copa de whisky de la barra y me la entregó. Dijo que me sentaría bien.

Cogí el vaso con las manos temblorosas, y me quedé observándolo durante unos segundos, atónita. Me vi reflejada en el líquido ambarino. Tenía algo de rímel corriendo por mis pómulos, los labios cortados y unas pronunciadas ojeras. Estaba hecha jirones, y eso me asustó.

-No te preocupes, princesa. Yo me encargo -dijo Modou, al mismo tiempo que se agachaba a recoger los fragmentos de cristal de la copa.

Fue entonces cuando pude darme cuenta de la situación. No todo el mundo había reaccionado igual a la muerte de Dex. Algunos habían caído hoy en la cuenta de su propia mortalidad, pues si alguien como Dex puede morir, ellos también. Otros, sus amigos más cercanos, estaban furiosos. Habían jurado impartir justicia tan pronto como descubriesen al culpable. Pero una, una lloraba. Sentada en una mesa, rodeada de amigas intentando consolarla, sollozaba una chica joven, pues acababa de recibir la noticia. Era la novia de Dex. Me dieron arcadas.

-Mira, hagamos ésto -me susurró Modou, pero no tuve el valor de devolverle la mirada-. Ahora, iremos a casa, te acostarás, descansarás un rato y mañana miramos algún sitio al que te gustaría ir para darte unas muy merecidas vacaciones. ¿Te parece bien, chiquilla?

Modou me rodeó con el brazo por los hombros, y me ayudó a salir del local. Mientras me iba, no podía desviar la mirada de esa pobre viuda. Acababa de destrozarle la vida a ella, ¿pero a cuántas personas más se lo habría hecho sin darme cuenta?

El camino hacia fuera de la Plaça d'Eivissa se me hizo interminable, y supongo que a Modou también. Tenía que cargar con un peso muerto entre una muchedumbre de gente alterada. Creo que tuvo que pegar un puñetazo o dos para que pudiésemos abrirnos paso, no lo sé. Lo único que sé es que vomité cerca del callejón de salida.

Aquella noche hacía frío. Estaba titiritando, y Modou tuvo que ponerme su gabardina dorada por encima. Las calles colindantes estaban desiertas, pues todo el mundo seguía de fiesta. La noche era aún joven, pero yo ya no.

Pasamos por enfrente de un bloque de pisos relativamente pequeño. Una de las ventanas estaba abierta, y por ella se escapaba el llanto desconsolado de una señora. Inmediatamente me acordé de Vane, la anciana madre de Dex. Sabía que ella no vivía en esta calle, pero no pude evitar pensar en ella. A sus 63 años, era una de las mujeres más longevas y respetadas de la zona, y experimentó de primera mano una de las eras más terribles de la humanidad. Sobrevivió a la guerra, a las hambrunas, a los bombardeos. Perdió gran parte de su familia, y fue miserable durante muchos años, pero hoy estaba contenta por tener a su hijo.

Aquello me rompió por completo. Era una basura de persona, siempre lo había sido, y siempre lo sería, y sólo ahora me daba cuenta de ello. Empujé a Modou y comencé a correr en alguna dirección, no sé en cuál. Tardé un poco más que de costumbre, pero logré llegar a mi casa.

Palpé las sábanas, una y otra vez, hasta dar con mi *vaper*. Hacía un día que no tomaba *SUGAR* ya, y tal vez era eso lo que me estaba afectando tanto. Quería pensar que era eso, pero en el fondo sabía que el *SUGAR* no creaba dependencia. Pero en mi mente tenía sentido, así que cogí el tubo de carga del cigarrillo electrónico y procedí a rellenarlo. Extraje un mililitro de *SUGAR* del frasco con una jeringuilla de insulina, y lo vertí lentamente sobre el cilindro de plástico. Me temblaba mucho el pulso, así que creo que añadí un poco más de la cuenta, pero lo arreglé poniéndole un poco más de agua al final. Cuando terminé, el tubo se derramaba por los lados, pero no importaba, porque eso significaba que estaba bien cargado, lo cual era bueno. Agité el *vaper*, ya que normalmente el *SUGAR* se quedaba al fondo y no se mezclaba bien con el agua, y lo encendí.

Pegué una calada, y noté cómo mis pulmones se abrían de nuevo. Ya no me hacía falta hiperventilar, y fue un alivio. Me senté al borde de la cama, y me quité las zapatillas para poder subir los pies al borde de la colcha.

Pero aún seguía alterada. Pegué un par de caladas más, y desaparecieron los temblores. Me entró un poco de sueño, así que me acosté por encima de las sábanas, mas aún me era imposible dormir. Ya no estaba tan nerviosa, pero me seguía sintiendo mal, muy mal.

Pegué una cuarta calada, muy honda, y me olvidé siquiera de lo que estaba pensando. Cerré los párpados para poder dormir por primera vez en mucho tiempo, y me sentí cómoda. Cogí la almohada y me abracé a ella como quien abraza a un viejo amigo que hace tiempo que no ve. Por fin iba a poder descansar, descansar de verdad.

Tenía que decirle a Modou que ya sabía dónde quería ir de vacaciones.